

que desapareció la Religion tan aborrecida. ¿Es verdad? ¡Gran Dios! La Religion, ¿habrá perecido bajo el cuchillo de los tiranos? Escuchad, ¡oh impíos que quereis destruir el culto del Señor! Cuando Roma creyó haber sepultado la verdad con los cadáveres de los mártires, apareció más grande, más majestuosa y refulgente. El jóven Constantino, todavía pagano, es instruido por el cielo en la fuerza de la Cruz; luégo la manda poner en sus estandartes; sus armas llevan consigo la victoria; da edictos en favor del Cristianismo; se derriban los templos de los ídolos; el Capitolio envuelve entre sus ruinas las efigies de los Hércules y de los demás dioses, impotentes para evitar su ruina; del fondo de las Catacumbas salen alumnos innumerables cuya divisa es la Cruz; los cuerpos santos que yacían en las cloacas, son colocados en relicarios de oro; los Pontífices, ántes desterrados á las casas de los animales, suben con majestad á sus ólio, y el mundo, admirado, encuentra más cristianos que los que habia abolido el furor de Roma y la rebelion de la Sinagoga, y conoce que toda la tierra está inundada de ellos; Jesucristo es declarado por Rey de reyes, por Soberano absoluto de los cielos y de la tierra, y en los mismos templos que habia manchado la supersticion, se cantan despues de purificados sus alabanzas, y los generales como los Emperadores, le consagran ante sus aras los laureles y las diademas. El nombre de Dios del Calvario se afirma con los horrores de los suplicios, y esto, con tanta fuerza, que Eusebio, poco tiempo despues, pudo decir sin exageracion, que «la voz del Evangelio se habia oido en toda la tierra, y habia abierto camino en todas las naciones; que la Iglesia habia profundizado sus raíces hasta las entrañas de la tierra, y elevado su cabeza hasta los cielos.» (*Preparat. Evang.*, lib. I, cap. III.)

Está, pues, probado que los enemigos que emplearon la violencia contra la Religion, no hicieron más que con-

tribuir á su triunfo; la Sinagoga y el imperio idólatra se encarnizaron contra Jesucristo, y nada consiguieron; pero habia otros enemigos de la Religion que saldrian de sus mismos hijos, y la combatirian con armas terribles y ominosas, y de ellos conseguiria una completa victoria; éstos serian los enemigos domésticos, cuyos sofismas y tramas la darian un nuevo lustre, como lo vereis en la

#### SEGUNDA PARTE.

Cuanto os he dicho hasta ahora de los triunfos conseguidos por la Religion contra los ataques de los tiranos, no es nada; era sabido que ésta hija del cielo sería como el grano de trigo que, enterrado en las entrañas de la tierra, sale más lozano cuanto más han cargado sobre él todos los rigores de una estacion contraria; cada gota de sangre de los mártires sería como el rocío celestial que fertiliza las campiñas yermas por los ardores del sol; nada tenía, pues, que temer de las violencias de los perseguidores; pero se congregarian contra ella otros concilios más formidables que asestarian sus tiros con más táctica, y la presentarian combates tanto más formidables, cuanto eran dirigidos por los hijos que saldrian de su propio seno. Levantado el trono de San Pedro de entre las ruinas de la Babilonia de iniquidad, y establecida la paz en la Iglesia, la herejía y el error vendrian á turbarla; pero la Religion, tan grande entre los dias serenos como en los momentos de borrasca, flotaria entre las olas espumantes del furor idólatra, y llegada al puerto de bonanza, colocada en el Monte Santo, se reiria de los esfuerzos inútiles que se ejecutarian contra su estabilidad eterna. Su divino Fundador no ocultó á sus discípulos nada de cuanto les sucederia; así como les anunció sus padecimientos,

tambien les instruyó en intrigas de sus hermanos: «Habrá, les dijo, pseudo-cristos y falsos profetas que engañarán á muchos; vendrán muchos cubiertos con piel de oveja, pero en su interior serán lobos carniceros.» San Pablo desarrolló, por decirlo así, las predicaciones de Jesucristo, diciendo á los fieles que no se dejasen engañar por la filosofía y ciencia vana, pues vendrian días en que los hombres querrian usurpar los derechos de la Divinidad, y se sentarian en su templo como si fuesen un número, y para dar una idea completa de lo que predicaba, afirmó á su discípulo Timoteo que llegará tiempo en que «los hombres no sufrirán la doctrina sana, y segun los deseos de su corazon, amontonarán maestros, cerrando sus oidos para no oír la verdad, y convirtiéndolos á fábulas.» (II Timot. iv, 3 y 4.) Y, en fin, para que veais que la Religion ha de triunfar de los impíos como de los verdugos; para que no temais, amados míos, aunque veais perseguida la verdad por los hijos de la Religion, San Pablo mismo os advierte que «los malos y engañadores se fortificarán y aprovecharán más y más, anegándose entre las aguas del error, é induciendo á cuantos den oído á sus palabras.» *Mali et seductores proficient in pejus errantes, et in errorem mittentes.* (Ibid., c. iii, vers. 13.) La verdad sería atacada por sus propios hijos, y saldria siempre victoriosa.

Yo advierto en la historia de la Iglesia tres suertes de ataques; los herejes quisieron corromper el dogma, y éste apareció más brillante y más sólidamente establecido, quedando aquéllos execrados y anatematizados por toda la humanidad: primer ataque y primer triunfo. Los impíos han querido derrocar la autoridad de la Iglesia, y ésta se ha fortalecido más y más: segundo ataque y segundo triunfo. Los filósofos han querido sojuzgar á los ministros del Santuario y humillarlos hasta el polvo, y éstos han salido más acrisolados de entre la ignominia á

que les condena la filosofía de nuestro siglo: tercer ataque y tercer triunfo. Continuemos...

Primero. Apenas cesaron los combates de la Iglesia con los enemigos de fuera, empezó á sufrir los de los enemigos domésticos; las herejías y el cisma continuaron la guerra empezada por la sinagoga y la idolatría. ¿Á qué extremidad no se vió reducida esta esposa del Cordero? ¿Quién ignora los enredos y las marañas del hereje más formidable del Oriente, que quiso echar á tierra toda la verdad de la Religion, enseñando que Jesucristo no era Dios? El Oriente y Occidente se pone en combustion; los fautores de Arrio se sobreponen al espíritu de los príncipes; las sillas de los Obispos se ven abandonadas muchas veces; en todas partes se ve altar contra altar, cátedra contra cátedra, pastor contra pastor, y rebaño contra rebaño; en vano condenan los Padres de Nicea las blasfemias del impío, pues sus secuaces forman conciliábulos en los que arrastran la opinion del partido de la rebelion; en vano escriben los Jerónimos, los Atanasios y los Eusebios de Vercelli con los Hilarios; la herejía tambien presenta sus apologías. ¿Quién sacará á la Iglesia del inmenso piélago de males en que la ha envuelto la herejía? ¡Quién! Aquel que no permite jamás que la luz sea destruida, ni que las tinieblas usurpen su imperio; Aquel que fundó su Iglesia sobre una piedra angular, á cuyo cimiento se estrellan las olas del océano de las pasiones y á su voz se disipan las nubes del error, y la divinidad del Crucificado es confesada en todo el orbe. Recorred todas las épocas, desde el siglo iii hasta fines del ix, y os admirareis al considerar las diversas herejías que los infestaron; los Macedonios, los Nestorios, los Eutiques, los Iconoclastas y los Phocios, con otra muchedumbre de fanáticos, no hicieron más que alterar la paz de la Iglesia, pretendiendo modificar y corromper el dogma; ya es atacada la divinidad del Hijo, ya es negada la consubstancialidad del Es-

píritu Santo; aquí se niega la fuerza de la gracia, allí se quita la fuerza al libre albedrío; hoy se trata contra la virginidad de María Santísima; mañana son postradas las imágenes de los Santos; cada siglo tiene sus errores, cada época sus corruptores; nada detiene á los herejes; derrotados mil veces, mil veces se rehacen, tramando nuevos ataques á la verdad; y ¿qué resulta de todo esto? Que la Iglesia se reúne ocho veces en Concilio general. Constantinopla, Éfeso, Nicea y Calcedonia ven en su seno á los Obispos defensores de la fé; los Emperadores y los Papas se aunan para castigar á los malvados; los pueblos confiesan la fé con entusiasmo; los herejes son aborrecidos; los padres y sabios dan á luz las producciones más estupendas de Religión y de literatura; los sofismas de los herejes desaparecen al lado de la concisión y claridad con que los escritores eclesiásticos explican el dogma, y, en fin, éste aparece más firme y más radicado en el corazón de los fieles, libre de las tinieblas con que lo querían envolver, y semejante á la fortaleza que, inaccesible á los ataques del enemigo, se hace más formidable por los reductos y maniobras que las tentativas de los sitiadores han enseñado á colocar en su circuito.

Segundo. No siendo posible á la impiedad derribar el edificio sagrado de la Religión, se convirtió su sañuda rabia contra el que es el sosten de la Iglesia: se había respetado hasta el siglo xvi la Silla de Pedro, y todos confesaron que el romano Pontífice era el juez de las controversias de la fé y el doctor puesto por Jesucristo para decidir en la moral. De repente se oye una voz que lo anatematiza; Lutero y Calvino pretenden despojarle de la autoridad cometida por el mismo Cristo, encendiéndose una guerra universal, cuyas armas reciben un furor infernal en el despique y en el desenfreno de las pasiones. La ruina de Roma es proclamada en los cuatro ángulos de Europa; los príncipes auxilian á los malvados;

una nación tan célebre por los Santos y sabios que dió á luz en los primeros tiempos como conocida por sus rapaces conquistas y execrable por su apostasía, sanciona leyes, y derrocando el poder de Roma, hace de un hombre adúltero, asesino y público perturbador de la moral, un jefe de iglesia; de nada sirven las ligas de los príncipes católicos; todo cede en presencia de las animosas huestes que ha armado la impiedad; y el protestantismo, semejante al torrente impelido por el huracán de lo alto de los montes, lo arrasa todo, lo destruye, sin que fuerzas humanas puedan detenerlo. ¡Dios fuerte! ¿Qué va á suceder á nuestra Iglesia, amenazada por tantos hijos que se han convertido en enemigos encarnizados? Todo el objeto de las herejías del siglo xvi y siguientes ha sido el echar á pique la autoridad del Pontífice romano. Así, para que los pueblos no estuviesen sujetos á él, se abolió la confesión, se enseñó que la Sagrada Escritura no era regla, sino juez absoluto en las materias de fe, y de aquí resultaba que no sólo los sabios, sino los ignorantes, los niños, los ancianos y hasta las mujeres más idiotas, podían leer, raciocinar, calcular, interpretar las leyes, examinar los hechos, adoptarlos, negarlos, y formarse, en fin, una regla de conducta según les dictase su propio dictámen; con esto solo quedaba anulada la potestad de los sucesores de Pedro, la Iglesia venía á ser una Babilonia de opiniones diversas, de pareceres distintos, y en donde sectas diferentes partirían los espíritus, no sólo de cada nación y provincia, sino aún de cada familia. Este era el fin, y así se ve que en las naciones dominadas por la herejía del siglo xvi se han multiplicado las sectas al infinito, sin que haya quedado más que el nombre de cristiano, y una reunión de hombres sin principios sólidos en Religión, casi destruidos los de la moralidad, y desterrada de la sociedad la caridad, quedando asentados el ateísmo, la indiferencia, y, en fin, el sólo

deseo del oro como único medio y único fin de todas las empresas. ¿Cuál fué el resultado de todas estas alevosas empresas? La Iglesia continuó con el mismo rigor, y la vemos, despues de tres siglos en que se fraguó su ruina, animada del mismo espíritu de su Fundador; desde entónces empezaron á subir al trono de Pedro los Pios y los Benitos, cuyas luces asombraron á los sabios tanto como edificaron al mundo sus virtudes, y este triunfo continúa hoy en el esclarecido, grande y magnánimo Gregorio XVI; desde entónces el Japon, la Mesopotamia, la Etiopía y otras naciones remotas, presentaron un campo vasto á los sacerdotes católicos, y vieron la luz del Evangelio los pueblos que yacian en las sombras del error; y la herejía fué detestada por los Reyes y Emperadores y por los pueblos más poderosos de la tierra.

Hay más, amados oyentes; no satisfecha la impiedad con haber acerado sus armas contra la Iglesia, y viéndola indestructible contra las fuerzas feroces que la opuso la herejía, intentó emplear los recursos de la ciencia; para proceder con más tino, creyó conveniente el probar que los libros sagrados eran una ficcion y los hechos atestados en ellos una paradoja; conseguido esto, la Religion verdadera no presentaria sino un conjunto de combinaciones humanas, un parto feliz de unos entendimientos superiores; en una palabra: instruidos los hombres de esta teoría, la Religion y la Iglesia se desplomaban como el edificio elevado sin cimientos. ¿Cuánto no se hizo en el siglo pasado para llevar á cabo esta empresa infernal? Los hombres presuntuosos de la moderna filosofía abrazaron toda la extension del saber, dedicándose á trabajos sin límites. Asentóse por base que el hombre habia sido criado en un estado de pura animalidad, y que muy luégo echó de ver que los fenómenos de la naturaleza le eran, ya perjudiciales, ya saludables: no teniendo otra guía que sus sentidos, y arrastrado, segun ellos, por un instin-

to superior al de los animales, se imaginó tantos genios invisibles cuantos eran los cuerpos que veia moverse; la experiencia de su poder, el temor de su cólera, el deseo de hacerlos favorables á sus designios, le movieron á honrarlos; por consiguiente, segun los impíos del siglo pasado, el politeismo fué la Religion primitiva; pero el hombre se afina poco á poco, reflexiona, sutaliza y llega á descubrir que hay en el mundo una alma grande, que da vida y movimiento á todos los demás séres: de modo que la idea de la existencia de Dios es el fruto de una reflexion tardía, y este sistema adoptaron los judíos y cristianos, conforme enseña un filósofo (Hume: *Histoire de la Religion*). En una palabra: «la idolatría, dicen los enciclopedistas (*Artic. JAPONÉS*), es el primer paso del espíritu humano en la historia de la Religion; de aquí se adelanta al maniqueismo, del maniqueismo á la unidad de Dios, y de la unidad vuelve á la idolatría.»

¡Oh humana temeridad! Humíllate, pues jamás diste un paso tan atrevido contra Dios; para salir con tu empresa de destruir la Iglesia, era indispensable probar este aserto impío, y decir que cuanto habia escrito Moisés era falso; que los profetas no habian hablado sino por un exceso de imaginacion, y, en fin, que la Iglesia, que con unanimidad habia enseñado en su último Concilio general que los libros contenidos en la Biblia eran revelados por el Espíritu Santo, estaba en error, y con esto queda aniquilado Jesucristo, destruidos sus milagros, desvirtuada su fuerza y destruida la obra que Él fundó. Más de ochenta años se pasan en consultar á la vez las leyes de la naturaleza, las antigüedades de las naciones, el curso de los globos del firmamento, las mutaciones en la superficie terrestre; se penetra en sus entrañas, se dan á luz sus fósiles, se examinan las cavernas de los montes más inaccesibles; cielo y tierra, océano y rios, todo es analizado; el hombre con su razon, la filosofía con sus suti-

lezas, la historia con sus fechas, las naciones con sus monumentos, van á dar testimonio contra la Religion. Cada dia nuevos descubrimientos, cada año nuevas convicciones contra la verdad revelada; el Egipto envia sus constelaciones grabadas en piedra; el Oriente sus tablas cronológicas; la China sus innumerables centurias, para probar que la historia de Moisés era una fábula. Se admiraba el mundo de haber sido engañado tanto tiempo; se avergonzaban los hombres de que su razon hubiese tenido una infancia tan prolongada. ¡Qué alabanzas se prodigaron á los héroes de la razon! ¡Cuánto incienso les dió el mundo sensual! Pero ¿qué sucedió al fin? Que habiendo continuado los descubrimientos y profundizado los estudios, se reconoció que estos sábios habian sido engañados con las ilusiones más groseras; sus invenciones y sus sistemas se desvanecieron como sueños ó fantasmas; sus dificultades, examinadas con más madurez, se volvieron en pruebas de la Religion que atacaban; los monumentos traídos de tan léjos y á tanto costo, en vez de probar contra la verdad, atestaron en su favor; y, en fin, calculando con más exactitud y racionando con más lógica y acierto, se vino á declarar que cuanto dicen los libros santos sobre la creacion del hombre y las demás verdades de la Religion, era verídico y de una autoridad irrefragable, y, por consiguiente, que la Iglesia que los habia canonizado como revelados, era la única, la verdadera, la sola que duraria tanto como su Fundador, mientras las herejías y sus autores pasarian como el estampido de un cañon, cuya memoria cesaba con el sonido: *Per transit memoria eorum cum sonitus*. ¡Qué triunfo tan grande! ¿Dónde están ¡oh sabios! vuestras especulaciones y vuestros descubrimientos? ¿Dónde vuestras cosmogonías y sistemas? *Ubi sapiens, ubi scriba, ubi conquistator hujus sæculi?* ¿Dónde? Ya no existen sino en las cabezas de algunos hombres sin fé, sin moralidad y sin re-

ligion, y enemigos de todo gobierno, de todo orden y de toda sociedad.

Tercero. Nos resta examinar el tercer ataque de la impiedad y tercer triunfo de la Religion. Hacía catorce siglos que la sangre de los mártires habia cesado de derramarse por la fé; el siglo XVIII hizo un nuevo ensayo en los ministros del altar; ellos eran los que resistieron impertérritos á la impiedad; ellos los que acometieron con denuedo á la filosofía; ellos descubrieron sus planes, y así contra ellos se volvió todo el furor; del mismo modo que para destronar á los Reyes enseñó el jacobinismo que éstos debian manejar la esteva y el arado, así tambien dijeron á los pueblos que el sacerdocio no debia respirar sino pobreza; nada de esplendor en los ministros de un Dios que quiere ser adorado en espíritu; fueron despojados de todos sus bienes, fueron reducidos á la extrema pobreza, fueron asalariados como el último empleado civil; las calles y plazas presentaban los más horribles pasquines contra el sacerdocio; se les trataba de haberse alzado con las riquezas de los pueblos; no se perdonó á la obscenidad para desacreditarlos; las iglesias sufrieron la misma suerte que sus ministros; fueron despojadas con violencia de los bienes que la piedad de muchos testadores les habia dejado, y de las cuales nadie podia disponer sin contravenir á los derechos de la razon, á las leyes divinas y á las disposiciones humanas; para colmar la medida de la ignominia, fueron conducidos á los tribunales civiles, se les exigieron juramentos inícuos, y en un momento desaparecian los sacerdotes, quedaba la fé sin defensores, se volvía al tiempo de la barbárie, y la humanidad retrocedía á los errores de la idolatría; entonces fué, amados míos, cuando la razon creyó triunfar; entonces se cumplió el vaticinio de San Pablo, que el hombre se sentaria en el sagrado tabernáculo, pues no faltó una prostituta, emblema arbitrario de la razon, á quien